



MARGUERITE CATTAN¹

Vestfold University College, Noruega - margueritecattan@gmail.com

Artículo recibido: 15/01/2013 - aceptado: 12/05/2013

LA CARNAVALESCA JORNADA DE OMAGUA

RESUMEN:

Entre los años 1560 a 1561 una expedición española de conquista recorrió el río Amazonas con el objetivo de encontrar los míticos territorios de Omagua y el Dorado, pero resultó en una serie de rebeliones y muertes de sus integrantes. La jornada de Omagua y el Dorado y el personaje Lope de Aguirre han pasado a formar un importante capítulo de la historia de la conquista. Al examinar siete testimonios directos –las relaciones de los soldados Pedro Monguía, Gonzalo de Zúñiga, Francisco Vázquez, Pedrarias de Alместo, Custodio Hernández, Juan Vargas Zapata y una anónima– se descubre que la fuerza motora de los eventos acaecidos procede de un pasado popular que predeterminó un sistema de conducta de un «mundo al revés». El grupo de marañones fue regido por la fuerza y el desorden caótico del carnaval.

PALABRAS CLAVE: Conquista del Perú, Omagua y Dorado, Lope de Aguirre, marañones, carnaval, carnavalesco.

ABSTRACT:

Between 1560 and 1561 a Spanish expedition of conquest traveled the Amazon River in order to find the mythical territories Omagua and Dorado, but resulted in a series of rebellions and deaths of its members. The *jornada* of Omagua y El Dorado and Lope de Aguirre have become an important chapter of the history of the Conquest. Reviewing seven direct testimonies –the *relaciones* of the soldiers Pedro Monguía, Gonzalo de Zúñiga, Francisco Vázquez, Pedrarias de Alместo, Custodio Hernández, Juan Vargas Zapata and an anonymous one– we discover that the driving force of the events proceeds from a popular past that predetermined a behavioral system of an «upside-down world». The *marañones* were ruled by the force and the chaotic disorder of the carnival.

KEYWORDS: Conquest of Peru, Omagua and Dorado, Lope de Aguirre, marañones, carnival, carnivalesque.

¹ Marguerite Cattan obtuvo la Maestría en literatura en California State University, Los Angeles. Ha sido profesora del departamento de español en Vestfold University College, Noruega, y en la actualidad centra su investigación en Literatura colonial del siglo XVI sobre la que ha publicado diversos artículos como «En los umbrales de la *Instrucción* de Titu Cusi Yupanqui», *Histórica* (2011).

Los eventos acaecidos durante la jornada de Omagua y el Dorado y el personaje Lope de Aguirre han conformado un tema de bastante interés entre los estudios coloniales hispanoamericanos. Dicha jornada y su protagonista no sólo dieron pie a numerosas relaciones y crónicas, capítulos de libros de historia, monografías y ensayos, sino que además, han sido inspiración de novelas, obras teatrales, poemas y versiones cinematográficas.² Este es un episodio bien conocido de la conquista del Perú, no sólo por su relevancia histórica, sino también por la leyenda que trascendió de Lope de Aguirre. De esta jornada resultaron un buen número de declaraciones de testigos y siete relaciones escritas por integrantes de la rebelión: Pedro Monguía, Gonzalo de Zúñiga, Francisco Vázquez, Pedrarias de Alместo, Custodio Hernández, Juan Vargas Zapata y un soldado anónimo.³ Varias crónicas posteriores se derivaron de estos testimonios directos.

Esta expedición tenía el objetivo de encontrar y poblar los remotos y ricos territorios de El Dorado y Omagua, que supuestamente se hallaban en el cauce del río Marañón (actual Amazonas) en plena selva amazónica. La expedición fue encargada a don Pedro de Orsúa, caballero de origen navarro. Este conquistador había descubierto y poblado territorios en Nueva Granada y había demostrado su habilidad de liderazgo al dominar una rebelión de negros cimarrones en Panamá. Ganada esa guerra, Orsúa pasó al Perú en 1558. Poco tiempo después, el virrey del Perú, Andrés Hurtado de Mendoza, amigo suyo, le encargó la expedición por el territorio amazónico. Orsúa tomó un tiempo considerable en los preparativos para juntar hombres, reunir provisiones y recaudar fondos. Por julio de 1560 estaba casi lista la partida de esta grandiosa empresa que contaba con trescientos hombres de guerra, tres clérigos, doce mujeres, más de trescientos indígenas para el servicio y algunos negros. Asimismo, se proveyeron

² Entre las novelas tenemos: *El camino de El Dorado* (1947) de Arturo Úslar Pietri; *La aventura equinoccial de Lope de Aguirre* (1968) de Ramón Sender; *Daimón* (1978) de Abel Posse; *Lope de Aguirre, príncipe de la libertad* (1979) de Miguel Otero Silva. Obras teatrales: *Lope de Aguirre: crónica dramática de la historia americana en tres jornadas* (1941) de Gonzalo Torrente Ballester; *Lope de Aguirre, traidor* (1992) de José Sanchís Sinisterra. Obras cinematográficas: *Aguirre la cólera de Dios* (1972) dirigida por Werner Herzog; *El Dorado* (1988) dirigida por Carlos Saura. Por mencionar algunas.

³ La principal fuente de información para este estudio son estas siete relaciones. Las ediciones que utilizaré son: Francisco Vázquez, *El Dorado: crónica de la expedición de Pedro de Ursúa y López de Aguirre* (1989), ed. Ortiz de la Tabla; Pedrarias de Alместo, *Relación de todo lo que sucedió en la jornada de Omagua y Dorado* (1881), ed. Ramírez de Arellano; y las relaciones de Hernández, Monguía, Vargas Zapata, Zúñiga y la anónima que se encuentran en *Lope de Aguirre y la rebelión de los marañones* (2011), eds. Beatriz Pastor y Sergio Callau.

con más de trecientos caballos, perros para la conquista y numeroso ganado (cabras, vacas, ovejas y puercos) para poblar. Finalmente partieron el 26 de septiembre de 1560, pero habían ya consumido muchas de las provisiones y tuvieron que dejar la mayor parte de los animales a la zaga por problemas que se presentaron con las embarcaciones.

Desde sus inicios la jornada estuvo llena de contrariedades. La inconformidad, el cansancio y el hambre cundieron entre los integrantes y, a ello, se aunó el desaliento de no encontrar las míticas regiones. Todo esto desencadenó en un motín durante la madrugada del 1 de enero de 1561, que resultó en la muerte del gobernador Pedro de Orsúa y el nombramiento de don Fernando de Guzmán como general del grupo. Guzmán, hasta ese entonces, había desempeñado el cargo de alférez general del campo y era un caballero bastante querido por todos, por lo que fue elegido como la cabeza del grupo. Tras ello, el objetivo de la expedición cambió hacia una nueva mira: regresar al Perú para conquistarlo. La rebelión continuó con un acto de desnaturalización de los soldados y el nombramiento de su nuevo líder como príncipe del Perú. Numerosas matanzas guiadas por intereses, odios y desconfianzas acompañaron esa odisea. El 22 de mayo de 1561 se levantó un nuevo motín contra el nombrado príncipe don Fernando y, tras su muerte, Lope de Aguirre se convirtió en el nuevo general.

Lope de Aguirre era un soldado vizcaíno de larga trayectoria en el Nuevo Mundo. Había actuado en varias batallas con las fuerzas realistas, pero tenía también un historial de traiciones. Así, en cierta ocasión, luego de una sentencia de azotes que tuvo que sufrir, mató en venganza al juez que la dictaminó, Francisco de Esquivel. Posteriormente, se unió a la sublevación de Sebastián de Castilla en la que se dio muerte al gobernador Pedro de Hinojosa. Tras estos eventos tuvo que vivir escondido de la justicia. Pero en 1554 se acogió a un perdón general concedido para aquellos que lucharan contra la rebelión de Francisco Hernández Girón. Por estas razones en el Perú lo apodaban Aguirre el loco, pues tenía fama de ser un soldado bullicioso y decidido. Pedro de Orsúa fue advertido de no incluirlo en su expedición. Durante la jornada, Aguirre tramó gran parte de los asesinatos y encabezó la propuesta de desnaturalizarse de España y de ganar mediante las armas el Perú.

Con Lope de Aguirre a la cabeza, los marañones –que así se autodenominó ese grupo de rebeldes– llegaron a la Isla Margarita, tomaron poder de la zona y aterrorizaron a los lugareños. La noticia de esta armada de sublevados y la fama de Aguirre se propagaron a las demás colonias españolas y eventualmente a España. Las autoridades reaccionaron y el grupo fue finalmente derrotado por la hueste realista en Barquisimeto, Venezuela. El 27 de octubre

de 1561, los soldados mataron a Lope de Aguirre,⁴ quien acababa de terminar con la vida de su propia hija, Elvira. El 16 de diciembre de 1561, el «tirano» fue juzgado post mórtem como traidor. La Audiencia de Santo Domingo concedió cartas de perdón a los marañones. Mas, el 3 de octubre de 1562, Felipe II revocó dicho perdón y los soldados fueron también juzgados y muchos encontrados culpables.

Éste es un breve resumen de la suerte que acompañó a dicha expedición. El contexto de los hechos rompió con el sistema oficial y con los patrones de comportamiento instaurados y esperados por la Corona española y sus representantes en América. Algunos críticos apuntan a la importancia de insertar esta rebelión dentro de su contexto histórico, momento en el que existía un historial de soldados peruanos como levantiscos y tiranos (Díez 2011 202), por lo que la jornada debe analizarse dentro del convulso siglo XVI peruano (Baraibar 2011 188). Sin embargo, dicha rebelión trasciende el levantamiento armado y el acto de desnaturalización de España. Los eventos se distinguieron por una ausencia de control y dogmatismo, por un enfrentamiento a la autoridad, por un carácter no oficial, por una experiencia de un «mundo al revés».⁵ En ese descontrol y enfrentamiento ante la autoridad y ante el mundo oficial, en esa experiencia de un mundo en caos yace una fuerza atávica de carácter popular.

Los conquistadores y colonizadores españoles trajeron consigo al Nuevo Mundo todo un bagaje cultural que predeterminó su comportamiento. Por ejemplo, el imaginario español fue enormemente influido por los mitos de la antigüedad clásica como el Paraíso Terrenal, la fuente de la eterna juventud, la Ciudad de los Césares y pueblos de gigantes y amazonas, entre otros. La misma expedición de Pedro de Orsúa perseguía en sus inicios el mito del Dorado. Irving Leonard ha señalado que la difundida fe del conquistador en lo maravilloso estaba inspirada por una herencia medieval y alimentada por la literatura contemporánea (Leonard 118), en particular por la lectura de libros de caballerías. Otras creencias de

⁴ Las relaciones difieren de quién dio muerte a Lope de Aguirre. Vargas Zapata asegura que fue el capitán Diego Tirado quien mató a Aguirre y que luego Diego García de Paredes le cortó la cabeza (292). Custodio Hernández afirma que dos soldados le dispararon y que él mismo lo decapitó (363). Lo mismo sostiene la relación anónima (336). Alместo dice que fueron dos soldados marañones que dispararon a Aguirre, pero no menciona sus nombres (183). Vázquez afirma que éstos fueron, Custodio Hernández y Cristóbal Galindo (165).

⁵ En el mundo andino también existe el concepto del mundo al revés, denominado *Pachacuti*, que alude «al tránsito de una edad a otra pero también al resultado, es decir, la inversión de las cosas» (Flores Galindo 40). En este estudio se usa exclusivamente la noción del «mundo al revés» presentada por Bajtín. En el contexto carnavalesco se vive un «mundo al revés» que rompe con el modelo del mundo oficial, con la seriedad, con las prohibiciones. Ese mundo no oficial del carnaval construye una segunda vida, que es una parodia de la vida misma, donde la rueda invierte posiciones y hay permutaciones constantes de lo alto y lo bajo.

la Edad Media que los españoles trajeron consigo fueron las ideas mesianistas y milenaristas. Alberto Flores Galindo apunta que «América no sólo fue el acicate de las esperanzas milenaristas, fue también el posible lugar de su realización» (30); era el territorio de las utopías prácticas. Entre estas utopías, el Perú proyectaba la posibilidad de conquistar un reino propio, de la autonomía, de construir una nobleza militar como la entrevieron conquistadores como Gonzalo Pizarro, Diego de Centeno o Francisco de Carvajal; ideas que serían llevadas hasta sus últimas consecuencias por Lope de Aguirre (Flores Galindo 35-36).

Sin embargo, en la utopía de los marañones hubo un sistema de comportamiento particular, como fue, por ejemplo, la coronación de un rey, el ambiente de festejo durante los motines y saqueos, la creencia popular en vaticinios y hechizos, la disolución de jerarquías, y el uso de un lenguaje particular. Un imaginario colectivo guió la actuación de este grupo que actuó coralmente y compartió una misma conducta. El imaginario del grupo encontró un esquema de actuación dentro de su pasado popular. Su comportamiento obedeció a las reglas de acción de otro mundo paralelo, conocido y categórico: el mundo popular del carnaval. Así, pues, Lope de Aguirre y sus seguidores simplemente actuaron guiados por una sapiencia y experiencia popular de herencia medieval: el comportamiento carnavalesco. Por tanto, los caóticos –y enigmáticos– eventos de esta jornada obedecen a una formalidad de pensamiento y concepción del mundo popular. El desconcertante desarrollo de los eventos de esta aventura amazónica responde a la lógica fantástica y al desorden caótico del carnaval.

No pretendo desmentir o enfrenar ningún estudio previo, sino proponer una nueva apreciación de los eventos bajo las dimensiones carnavalescas de los mismos. Encuentro que un medio de descifrar el enigma de esta expedición es tratar de entenderla y ubicarla dentro de la tradición de una cultura y fuente popular, la del carnaval. Por tanto, procederé a reformular los eventos principales de dicha jornada guiada por las teorías de Mijaíl Bajtín sobre la cultura popular y el carnaval. Como mencioné, baso mi lectura de los hechos históricos según las versiones de siete soldados marañones: Monguía, Zúñiga, Vázquez, Almesto, Hernández, Vargas Zapata y una versión anónima.⁶

PREPARATIVOS PARA LA JORNADA-CARNAVAL

La misión de Pedro de Orsúa comenzó cuando el virrey del Perú, Andrés Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, le encargó la jornada y

⁶ Ver nota 3.

le despacho largas Provisiones y títulos de Gobernador de las Provincias que fuera descubriendo y conquistando: con poderes de elegir oficios y oficiales, premiar a los conquistadores que le acompañasen, según los trabajos y servicios de cada uno... [y] le prometía, después de haber fundado, algunos honrados títulos (Simon 245).

Desde este acto inaugural se perciben dimensiones carnavalescas de nominar a un gobernador con un título de dominios no conocidos ni existentes. Bien remarca Pedro Simon que «llevaba este título sin saber aún de dónde lo era» (Simon 247). Este acto tiene características quijotescas de promesas futuras de fama y posesión como la tan esperada ínsula de Sancho Panza. Así pues, con su presuntuoso título de Gobernador de Omagua y el Dorado, Orsúa dio comienzo a los preparativos de esta jornada, que le llevaron cerca de dos años. Durante este tiempo él mismo empezó a trazar el caricaturesco camino de su próximo carnaval, sobre todo en cuanto a su modo de recaudar dinero y enrollar hombres.

Reunió, pues, un grupo de soldados que intranquilizó los ánimos en Lima, ya que muchos en la Ciudad de los Reyes divisaban futuros problemas y desconfiaban de las intenciones de este grupo por miedo a que en el futuro resolviesen ir contra el Perú. Su grupo consistía en hombres deseosos de desórdenes, gente facinerosa y bulliciosa, muy ad hoc para festejar un carnaval. Era un grupo de soldados con la esperanza de una nueva vida. Dado que las míticas regiones no se encontraron, el festejo carnavalesco fue su posibilidad de realizar sus sueños, de experimentar una nueva vida en un mundo utópico. Si bien muchos de los soldados se enrolaron a la misión pues no tenían mejores perspectivas, otros integrantes fueron forzados a seguir la expedición.

Uno de los forzados a participar fue un rico clérigo de Moyobamba, Pedro Portillo. Éste, a cambio de ser nombrado vicario de la armada y de ser convertido obispo de Omagua en un futuro, se prestó en un principio a contribuir con dos mil pesos, pero luego se arrepintió. Tras este hecho, Orsúa y sus compañeros tramaron cómo sacarle el dinero. Según lo concertado, Fernando de Guzmán, desnudo en camisa y con una vela encendida, ya muy de noche, se presentó en la casa del clérigo dando grandes golpes a su puerta y rogándole que fuese a confesar a Juan de Vargas, quien se estaba muriendo.

el clérigo entendiendo trataba verdad, salió luego de su casa medio desnudo a mucha prisa y llegando a la iglesia... [los soldados] escondidos con arcabuces y lanzas, cogieron al clérigo dentro de la iglesia... y el clérigo con temor que le matarían le hicieron firmar una libranza de dos mil pesos... y así desnudo como estaba, sin le dejar volver a su casa ni hablar con nadie le hicieron subir en un caballo y

aquella noche contra su voluntad le llevaron a los Motilones y allí le hicieron dar todo lo demás que le quedaba, que serían otros tres mil pesos (Vázquez 53).

Orsúa, no contento con todo el dinero obtenido, forzó a fray Portillo a partir con ellos en la jornada, donde finalmente moriría. El episodio exhibe características de la jocosidad y la ridiculez del carnaval. Presenta imágenes de un clérigo despojado de todos sus ahorros, montando desnudo sobre un potro en una oscura noche, secuestrado a punta de lanzas por un grupo de soldados que se mofan de su hazaña. Risas burlescas resuenan en este evento y no se puede dejar de apreciar la ironía de que el pobre clérigo terminó dando «de golpe lo que poco á poco y á costa de abstinencias en mucho tiempo había juntado» (Simon 247).

También existe una ironía sórdida en el hecho que el lacerado clérigo murió en el transcurso del viaje y toda su hacienda se perdió, tal y como él lo temía, pero no sin antes pedir a Dios hincado de rodillas que «le hiciese justicia de quien tanto mal le había hecho» (Zúñiga 120). Sus ruegos fueron escuchados, pues todos los «que le hicieron la fuerza murieron a cuchillo, sin que ninguno saliese vivo de la jornada» (Almesto 7). Así, pues, los burladores serían finalmente burlados por designios celestiales.

Este episodio presenta el tema de la rueda de la fortuna, las inversiones de lo alto y lo bajo. Bajtín advierte que propio a las formas y símbolos carnavalescos se encuentra la lógica de las cosas «al revés» y «contradictorias», de permutaciones constantes de lo alto y lo bajo (la rueda) del frente y el revés, y por las diversas formas de parodias, inversiones y profanaciones (Bajtín 2003 13). Así, en un momento el clérigo es rico y en el siguiente pobre. Asimismo, los burladores en un momento se encuentran en lo alto de su triunfal burla, para luego caer a lo más bajo y pagarlo con la muerte.

De esta manera, no sólo el poblado de Moyobamba quedó sin sacerdote que administrase los sacramentos, pues se habían llevado a su clérigo, fray Portillo. Orsúa tuvo la osadía de deshabitar todo un pueblo, sin potestad para así hacerlo, pues la Audiencia de Lima había encargado que esto no se consintiera. Fue el caso de los vecinos de Santa Cruz a quienes Orsúa convocó y compelió a seguirlo en su jornada.

todo lo cual sintió un vecino que era alcalde de aquel pueblo, Alonso de Montoya, porque tenía el mejor repartimiento de indios, y quiso ir a dar cuenta de aquello al Virrey y Audiencia... Pensando que si dejaba salir a Montoya, hablaría éste mal de sus cosas, Orsúa le rogó encarecidamente que se uniese a la jornada, donde le haría todo el bien posible. Aceptó Montoya con la condición, prometida por Orsúa, de que le volvería sus indios (Anónimo 325-326).

Aquí hay un nuevo sujeto, Alonso de Montoya, forzado a participar en la jornada. Éste es otro personaje que ejemplifica las permutaciones constantes de lo alto y lo bajo. Pues, de tenerlo todo –era alcalde y tenía el mejor repartimiento de indios– pasó a no tener nada, ya que la mayor parte de los indios se tuvo que abandonar en el transcurso de la travesía, y como tantos otros terminó siendo asesinado.

Estos selectos integrantes de la jornada no tuvieron a menos empezar a tramar enredos y muertes, fuese porque ya tenían un pasado movido y conflictivo o porque se empezaron a crear resentimientos. Muchas ofensas nunca fueron perdonadas, pues, tal como afirman las relaciones de Hernández y la anónima, el tal Alonso de Montoya fue el primero de los asesinos de Orsúa.

Las maquinaciones de asesinatos se urdieron inclusive antes de zarpar y por razones bastante fútiles. Es el caso de Francisco Díaz de Arles y Diego de Frías, quienes confabularon la muerte de Pedro Ramiro, teniente y corregidor de Santa Cruz, simplemente porque se resintieron a ser mandados por dicho teniente, a quien envidiaban mucho y de quien pretendían su cargo. El plan concebido fue otro evento burlesco y carnavalesco, un intento lleno de mentiras, engaños y artificios. La treta comenzó cuando Frías y Díaz de Arles engañaron a dos soldados diciendo que el teniente Ramiro iba sublevado con la gente que llevaba a su cargo. Tras lo cual los cuatro acudieron a su encuentro, y engatusaron a dicho teniente

con palabras amorosas, y estando así hablando con él, a poco rato se abrazaron todos cuatro con él, y sin dejarle menear le quitaron las armas, y el Diego de Frías mandó a un negro suyo que venía con ellos que le diese garrote y así le ahogaron y le cortaron la cabeza, y venida la canoa se pasaron a la otra banda y se pusieron en arma con la gente, haciéndoles entender que el gobernador Pedro de Ursua les había mandado que matasen al Pedro Ramiro porque se quería alzar con las gentes (Vázquez 55).

Preparados a continuar su treta frente a Orsúa, Frías y Díaz de Arles enviaron a un mensajero con la mentira de que tenían preso al teniente Ramiro porque iba alzado. Pero el gobernador ya había sido advertido de la muerte de Pedro Ramiro por un mozo que llegó a escapar. Orsúa decidió continuar con la farsa, y dándoles en encuentro

los aseguró con buenas palabras y halagos y desta suerte prendió a todos los cuatro que habían sido en la muerte del capitán Pedro Ramiro, y... los sentencio a muerte, forzando harto su voluntad por guardar justicia y sin admitir la apelación les cortó las cabezas (Vázquez 56).

Este episodio presenta un juego de quién engaña a quién. Consiste en una burla quintuple: primero la de los dos soldados utilizados; luego la treta a Ramiro; seguido por el embuste a la gente de Ramiro; continuado con el intento de engañar a Orsúa; y la final burla de Orsúa a Díaz de Arles y Frías. La burla y el engaño son parte integrante del festejo carnavalesco, con la consecuente risa del burlador ante la inesperada sorpresa del escarnecido. Este episodio termina con cierta justicia poética al ser los originales burladores en última instancia burlados.

Así, todos estos sucesos de engaños, burlas y muertes previos a la partida predisponen la atmósfera con la que seguirá la jornada. Si, desde ya, el comportamiento de los integrantes de la jornada muestra matices carnavalescos, el medio ambiente ayudará a asentar ese tono.

LA NATURALEZA

La selva y el clima contribuyeron a acentuar el mundo en crisis que vivieron los integrantes de la jornada de Omagua. Estos hombres soportaron innumerables noches de infinito calor que no les dejaba conciliar el sueño y una lluvia inagotable que los acompañó «todo un año que anduvi[er]on] por el dicho río sin jamás hacer buen tiempo ni escampar siquiera media docena de días» (Zúñiga 112). Además, no dejaron de faltar los mosquitos que constantemente los agobiaron, pues «hervía el aire de mosquitos que los abrasaban» (Simon 277).

No se debe olvidar el mismo río por el que navegaron. Un río tan poderoso que «traía muchas veces un ímpetu de olas muy grandes que venía reventando y con muy gran presteza y furia» (Zúñiga 133), por lo que no podían valerse de remos ni cosa alguna. Un río que envolvió a la hueste en su peculiar caos de innumerables y confusos brazos, de continuos despoblados y de falta de comida en largos trechos.

El hambre fue uno de los principales enemigos durante la travesía amazónica. La relación anónima refiere que sesenta personas murieron en la jornada de enfermedades y hambre —número que no contabiliza las bajas de indígenas que acompañaban a la expedición. El hambre los condujo a medidas extremas como la de sacrificar a los caballos y perros que llevaban consigo para poder subsistir.

El río y la naturaleza se rieron de este banal grupo. Ese hostil medio ambiente remarcó el mundo en crisis, el mundo al revés que perduró durante la jornada. Y con una burla inaugural, el medio ambiente anunció a este grupo las cotidianas

bromas que demostraría a lo largo de la marcha. Su primera burla fue la de podrir la mayoría de los navíos recién hechos.

En el astillero hicieron once navíos grandes y pequeños... [Todos] se pudrieron de suerte que al echarlos al río se quebraron los más dellos, que solamente quedaron dos bergatines y tres chatas, y estos tan mal acondicionados, que al tiempo que los comenzaban á cargar, se abrían y quebraban todos dentro del agua, de manera que no las osaron echar casi carga (Almesto 11).

Nuevamente estamos frente a otro absurdo episodio de la expedición, ante el cual es imposible dejar de encontrar ironía y humor. Después de tanto tiempo y energía gastados en recolectar suministros, animales y demás menaje necesario para la jornada, el río terminó devorándose las barcas y debieron dejar todo atrás, ya que en «las dos [barcas] que quedaron sanas, la una no pudo traer caballos, mas de gente y ropa, y la otra trujo veinte y siete caballos» (Zúñiga 111). El río y la selva con su inhospitalidad mofaron desde un inicio a esta jornada y con sus constantes juegos acrecentaron el ambiente caótico y carnavalesco ya instaurado.

LA PLAZA PÚBLICA

La arena principal del carnaval es la plaza y las calles. La plaza fue símbolo de lo popular (Bajtín 2005 187). A falta de plaza pública, la extensa selva amazónica proveyó ese escenario al aire libre donde todos los integrantes de la jornada –de diversa posición social– entraron en contacto. Así, los principales eventos de la jornada no sucedieron a bordo de las embarcaciones, durante el largo trayecto por el río Amazonas y sus afluentes, sino justamente cuando los soldados acamparon y crearon el espacio de la plaza pública. Ese espacio fue un espacio primordialmente exterior –comprendido por el campamento español, los umbrales y trastiendas de los aposentos aprovisionados, los caminos y alrededores del campamento– donde los espacios interiores estuvieron mayormente ausentes. Posteriormente, las calles y la plaza del pueblo de la Isla Margarita y las diversas fortalezas en que se ampararon seguirían sirviendo como el escenario público del carnaval de los marañones.

Ese recreado espacio público fue un lugar de crisis, escenario de rebeliones, arengas, cambios de poder, festejos, ceremonias, coronaciones, derrocamientos, pasiones, celos, intrigas y muertes. Uno de los momentos de mayor crisis se dio con la muerte del gobernador de la expedición, Pedro de Orsúa. Ese fue el momento oficial en que los marañones se adueñaron de la plaza pública y el orden se invirtió, los de abajo usurpaban el poder y se abrió paso a la risa y la burla de las jerarquías.

Orsúa fue asesinado el 1 de enero de 1561, cerca de las tres de la mañana. Así, con el nuevo año comenzó una nueva vida. La algarabía y gritos del carnaval comenzaron con exclamaciones de «viva el rey» y «libertad». Con estas voces y ruido convocaron y juntaron a toda la gente, a quienes luego dieron noticia que habían muerto el Gobernador y su Teniente.

Aquella noche llamaron a D. Fernando general del campo, y a Lope de Aguirre maese de campo, y no consistieron que la gente del escuadrón hablase sino a voces, y así lo mandaron... y luego sacaron cierto vino que el gobernador tenía guardado para decir misa y alguna necesidad, y entre ellos y la gente del escuadrón se lo bebieron (Vázquez 76).

En este ambiente público, las voces y gritos anunciaron formalmente la apertura del carnaval que prosiguió con las esperadas festividades, pues «sacaron algunos tocinos y botijas de vino, e hicieron grande fiesta» (Monguía 86). Los bacanales que los marañones disfrutaron en esta ocasión y en otras, cuando encontraban vino y provisiones, subrayan el ideal carnavalesco de abundancia y festividad.

Las festividades, explica Bajtín, son una forma primordial determinante de la civilización humana. En todas sus fases históricas, las fiestas han estado ligadas a períodos de crisis, de trastorno, en la vida de la naturaleza, de la sociedad y del hombre.

A diferencia de la fiesta oficial, el carnaval era el triunfo de una especie de liberación transitoria, más allá de la órbita de la concepción dominante, la abolición provisional de las relaciones jerárquicas, privilegios, reglas y tabúes. Se oponía a toda perpetuación, a todo perfeccionamiento y reglamentación, apuntaba a un porvenir aún incompleto (Bajtín 2003 12).

Esto es justamente lo que los marañones estaban en esos momentos festejando, la anulación –aunque temporal– del poder dominante y de las normas que los regían. Era una liberación del orden impuesto e imperante en espera de un mejor futuro. Era la entrada a una segunda vida, a un mundo diferente que rompía con la seriedad del mundo oficial y con las prohibiciones. Era el ingreso a un mundo al revés donde se invertían las posiciones y se anulaban las jerarquías.

Los ideales de la fiesta de los marañones perseguían también una renovación, una muerte al régimen existente y una resurrección a un régimen nuevo, utópico en el que ellos mismos forjasen sus leyes. Así, esta fiesta dio formalmente inicio al carnaval de Omagua, mediante el que los soldados marañones ingresaban a

una segunda vida y penetraban –aunque temporalmente– en un reino utópico universal, libre e igualitario.

EL CORONAMIENTO Y DESTRONAMIENTO

La acción carnavalesca principal es la coronación burlesca y el destronamiento del rey del carnaval –rito doble e inseparable (Bajtín 2005 181). Este acto no pudo faltar en el carnaval de Omagua. Así, Fernando de Guzmán fue proclamado príncipe y rey natural de Tierra Firme y Perú y Gobernador de Chile. Julián Díez apunta que la proclamación de Guzmán como príncipe del Perú sólo encuentra parangón directo en las rebeliones de esclavos, en las que se solían nombrar reyes, reinas y obispos (2010 48-49). No obstante, hay que reconocer que estos nombramientos proceden del mismo pasado popular y carnavalesco. Tras su «coronación» don Fernando

puso casa de Príncipe, con muchos oficiales y gentiles-hombres; comió desde entonces solo, y servíase con ceremonias. Cobró alguna gravedad con el nuevo nombre; dio nuevas conductas á sus capitanes... con todo acatamiento se quitaban las gorra... y tocaban trompetas y atabales cada vez que comenzaba a leer alguna conducta de las que daba (Almesto 56-57).

Fernando de Guzmán acogió esta burla carnavalesca actuando de acuerdo con su nueva investidura, con la gravedad y severidad que el cargo merece, y mostrando placer ante el nombramiento. La pompa inclusive incluyó sirvientes a su altura de príncipe, como mayordomo mayor, maestresala, trinchante y pajes.

Algunos críticos han comentado sobre este coronamiento. Mariana Zinni menciona que «Aguirre's journey (del)imitates the empire, establishes metropolis and periphery, and, in some way, tries to reproduce their conditions on a reduced scale in a totally different context, recreating a whole royal court» (Zinni 169). Álvaro Baraibar, por su parte, dice que Aguirre se presenta «dispuesto a romper por completo con las normas establecidas designando nuevo rey y nuevas leyes en las que vivir» (Baraibar 2011 196). Estos –entre otros– críticos apuntan a Lope de Aguirre como principal autor de la coronación. Sin embargo, si bien Aguirre fue quien nominó a este bufonesco rey, no fue el único que rompió con las normas establecidas, ya que todos los marañones acogieron vivir bajo estas nuevas leyes.⁷ Los integrantes del carnaval tuvieron a bien acatar y reverenciar a ese rey, quitándose el sombrero ante él, besándole la mano y llamándole excelencia.

⁷ Las relaciones de la época no evitan incluir el título de príncipe al nombrar a Fernando de Guzmán aceptando de este modo a formar parte del carnaval. En cambio, Simon, en su crónica posterior, señala que «todo parecía una comedia, ó sueño desvanecido o un juego y entretenimiento de niños» (275).

La farsa que se vivió en plena selva amazónica es irrisible. En esta parodia los súbditos suplicaban mercedes a su rey y el monarca concedía favores, disponía salarios de su caja y haciendas y, además, dictaba cartas. Durante la festiva farsa de este reinado todos los integrantes se vieron igualmente favorecidos, pues comenzaron «a repartir entre ellos, no solamente los repartimientos [del Perú] pero aún las mujeres de los vecinos, todas las que eran hermosas, cada uno escogía para sí la que más le agradaba» (Almesto 58-59). Pero todo lo bueno tiene que llegar a un fin y, como es esperado en el carnaval, el rey debe ser destronado. Así, esta absurda parodia llegó a su fin con el asesinato de Fernando de Guzmán. De este modo culminó este rito carnavalesco doble e inseparable.

LAS JERARQUÍAS

Durante esta jornada las distinciones jerárquicas si bien no se abolieron, pues se siguieron nombrando maeses, tenientes y capitanes, poseyeron una significación diferente y casi no existente. Los títulos y los grados no representaban barreras infranqueables y los personajes no ocupaban el lugar reservado a su rango. Esos títulos se utilizaron, en cambio, como un espejo bufonesco del mundo oficial. Díez señala que la «imitación del poder oficial fue acompañada siempre del humor y la burla» (2010 50). La autoridad la mantenía el verdadero marañón que demostraba fidelidad a la causa.

El carnaval es el momento de realización de los sueños, cuando todo queda permitido. Son días en los que el orden se invierte y se burlan todas las jerarquías. Así, los individuos, habitualmente aislados en la vida diaria por las barreras de su raza, condición, empleo o fortuna, en esos días tienen igualdad y el poder de obtener una distinción jerárquica antes inaccesible para ellos. Y lo mismo ocurrió en dicha jornada. El marañón Álvaro de Acuña declaró que muchos de los negros fueron nombrados «capitanes y [tenían] otros cargos» (Pastor 387). El marañón, pues, estuvo provisto de una nueva vida que le reconocía nuevas relaciones con sus semejantes.

Las diferencias desaparecieron, pues la igualdad la determinaba el arcabuz del marañón con el que se jugaba la vida para llegar a conquistar ese mundo esperado y utópico. Al final del día, todos eran iguales ante los ideales del carnaval y aquel que saliese del camino fundado para ese mundo utópico –no importando su rango jerárquico– corría la misma suerte: la muerte.

Bajtín apunta al carácter universal del carnaval, expresado en la idea de la renovación universal que se concebía como una huida provisional de los mol-

des de la vida ordinaria y oficial (Bajtín 2003 9-10). El carnaval era el triunfo de una especie de liberación transitoria (Bajtín 2003 12). Esta jornada proveyó a sus integrantes un escape de sus vidas ordinarias con la acogida de un mundo no oficial donde el sistema imperial hegemónico, las leyes coloniales y los patrones de comportamiento esperados dejaron de estar vigentes. Durante la jornada de los marañones hubo una abolición provisional de los privilegios, reglas y tabúes jerárquicos. El ideal marañón apuntaba a un porvenir por alcanzar.

Así como los actos y espectáculos del carnaval ofrecían una visión del mundo, del hombre y de las relaciones humanas intencionadamente no-oficial, externa a la Iglesia y al Estado, y construían un segundo mundo al que los hombres pertenecían. Los eventos de la jornada de Omagua también crearon una segunda vida para sus integrantes, un mundo al revés donde se invirtió el orden, donde los de abajo pasaron a estar arriba y viceversa.

LAS ADIVINACIONES, MAGIA Y JUEGOS DE AZAR

Las «predicciones, adivinaciones y augurios de toda clase, ocupaban un lugar preponderante en la expresión popular y pública de la fiesta» (Bajtín 2003 188). Estos fenómenos también se perciben durante la jornada, y están estrechamente ligados al ambiente popular que envolvió los actos de los marañones.

En algunas relaciones, los augurios desempeñaron un papel esencial para explicar el resultado de los eventos. Desde la temprana muerte del teniente Ramiro, hubo «pronósticos de algunos que dijeron que la dicha jornada no acabaría con bien, pues empezaba con sangre» (Almesto 10). Con estas predicciones se perfila otro matiz de la cultura popular en que se inscribe esta aventura: el entusiasmo popular en las adivinaciones, presentimientos y supersticiones.

Este no es el único vaticinio de la jornada. Inclusive la muerte del gobernador fue avisada por una aparición. Juan Núñez de Guevara, comendador de San Juan, fue quien la presenció una noche bastante tarde.

vió pasar por detrás del bohío del dicho Gobernador un bulto como persona, que dijo en una voz no muy alta: «¡Pedro de Orsúa, Gobernador del Dorado y Omagua, Dios te perdone!» Y el dicho Comendador fue á gran priesa á conocer quién había dicho aquello, y dijo que delante de los ojos se le deshizo el bulto y no vió nadie (Almesto 37).

Para dar fe de lo expuesto, Almesto añade que se juzgaba a Núñez de Guevara como hombre de bien y persona de gran crédito.

Las predicciones del carnaval no estarían completas sin el «tonto-sabio», o sea el hombre ridículo. Éste «es un personaje estrambótico que tiene una aguda conciencia de sí mismo y de todo; no posee una pizca de ingenuidad» (Bajtín 2005 221). Durante la jornada, fue Antoñico el niño-sabio del carnaval, quien anunció a Lope de Aguirre cómo terminaría su aventura.

el muchacho le decía muchas veces que no se fiase en los marañones, que se habían todos de huir y dejarlo; y cada vez que se le huía alguno, [Aguirre] luego acudía al profeta Antoñico y decía: «Veis aquí quien me ha profetizado esto muchos días há» (Almesto 157).

Aguirre quería mucho a ese muchacho, quien lo acompañaba y servía, y cada vez que huía un soldado se lamentaba y recordaba las palabras del joven diciendo: «¡Oh, profeta Antoñico, que profetizastes la verdad, que si yo á ti te hubiera creído, no se me hubieran huido estos marañones!» (Almesto 156). Representa, pues, Antoñico, el tonto e ingenuo, el hombre ridículo de quien todos se ríen por su simplicidad y ridiculez; sin embargo, es portador de la verdad.

Otra parte integral de las creencias populares, como adivinaciones, apariciones y supersticiones, es la creencia en la hechicería. Este carnaval también incluyó a una bruja, doña Inés de Atienza, quien utilizó sus mágicos poderes en Pedro de Orsúa.

le había hechizado, porque de muy afable y conversable que solía ser con todos, se había vuelto grave y desabrido y enemigo de toda conversación; comía solo y pesábale que le estuviesen mirando comer, no convidaba a nadie; habíase hecho amigo de soledad y aun se alojaba siempre solo y apartado lo más que podía de la conversación del campo (Vázquez 72).

Así, el trasfondo popular de las creencias de los marañones adjudicó los cambios en la personalidad de Orsúa a los hechizos de Inés.

Bajtín, además, subraya que los juegos de todo tipo (de azar, de cartas y hasta los deportivos) también ocupaban un importante lugar en la cultura popular de la fiesta (Bajtín 2003 188). Aunque no hay evidencia que estos juegos desempeñaran un papel esencial durante la jornada, sí hay una mención de ellos. Las relaciones refieren que engañaron a Juan Alonso de la Bandera a participar en un juego de naipes para tenerlo desprevenido y así atacarlo a muerte.

y un día que el Juan Alonso estaba en casa de D. Fernando, su General, jugando á los náipes, y Cristóbal Fernandez con él, el cuál juego habia ordenado D. Fernando

á efecto que se descuidase allí y los matasen... Lope de Aguirre y sus amigos los mataron á estocadas y lanzadas y arcabuzazos (Almesto 51).

Sin más ejemplos que el arriba mencionado, se puede suponer que los juegos de cartas entretuvieron a los soldados, ya que inclusive se encontraban naipes desperdigados por el camino. Pues, en cierta ocasión, Lope de Aguirre encontró a su paso un «rey de espadas –al cual pisó y tomó en las manos dándole muchas higas, escupiéndolo y diciendo mal y renegando de Su Majestad como siempre solía» (Zúñiga 139).

EL LENGUAJE DEL CARNAVAL

La cita antedicha es muestra de uno de los tantos ejemplos en que Aguirre utilizaba un lenguaje profano y libertino contra el rey, el clero, las autoridades y sus soldados. Vemos que sus insultos no sólo eran verbales sino también corporales –los gestos con la mano– y, además, frecuentes. Según Almesto, Aguirre «no hablaba palabra, sin blasfemar y renegar de Dios y de sus Santos» (Almesto 189). Este tipo de lenguaje consiste en una de las formas especiales de expresión que un carnaval presenta.

Bajtín apunta que el lenguaje del carnaval es un lenguaje liberado de las normas corrientes de la etiqueta y las reglas de conducta. Según explica, la abolición provisoria de las diferencias y barreras jerárquicas entre las personas y la eliminación de reglas y tabúes vigentes en la vida cotidiana creaban un tipo especial de comunicación entre la gente, imposible de establecer en la vida ordinaria. Éste era un contacto familiar y sin restricciones. El lenguaje familiar de la plaza pública se caracteriza por el uso frecuente de groserías, o sea de expresiones y palabras injuriosas, también de groserías blasfematorias dirigidas a las divinidades y los juramentos (Bajtín 2003 17-18).

No sólo para Aguirre sino también para todos los marañones las palabrotas, juramentos, blasfemias y obscenidades contribuyeron a sostener esa atmósfera de libertad dentro de la vida carnavalesca que estaban viviendo. El marañón pasó por una metamorfosis al colocarse en la plaza pública de esta jornada. Siguiendo el ejemplo del líder hubo un desenfreno en el comportamiento del marañón: «Porque si él [Aguirre] blasfemaba, todos blasfemaban; si renegaba, renegaban; si mataba, mataban; si hurtaba, hurtaban; si era traidor, todos lo eran» (Simon 316).

En el ambiente carnavalesco de la jornada, estas groserías y palabras injuriosas se vuelven ambivalentes y adquieren un valor cómico, como en el episodio del rey de espadas arriba mencionado. Estas blasfemias en su ambivalencia mortificaban y degradaban, pero a la vez renovaban y enaltecían el espíritu marañón de rebelión ante el mundo establecido por el Imperio español.

REALISMO GROTESCO

Otra parte constitutiva y característica de lo carnavalesco es el realismo grotesco. Bajtín señala que el rasgo sobresaliente del realismo grotesco es la degradación entendida como vulgarización de lo sublime (Bajtín 2003 20). El imaginario de las descripciones en las relaciones está cargado de un realismo grotesco. Las personas, los objetos y las situaciones son exageradamente descritos. Es, sobre todo, en la descripción del carácter y personalidad de los protagonistas de la jornada, Pedro de Orsúa, Fernando de Guzmán y Lope de Aguirre, en la que ese realismo grotesco se agudiza. Las relaciones caricaturizan y exageran las imágenes de estos tres caudillos.

Orsúa parecía poseer todas las condiciones de un líder ideal, pues un buen caudillo debe ser «buen cristiano, noble, rico, liberal, de buena edad, fuerte, diligente, prudente, afable, determinado» (Vargas Machuca 53). Pero a estas cualidades se superpusieron otras. Orsúa es descrito como poseedor de una gran belleza física: «la cara alegre y hermosa y la barba taheña y bien puesta y poblada, y era gentil hombre de buena plática y conversación... preciábase de andar muy pulido» (Vázquez 79). Y esa divina imagen fue causante de sus vicios y resabios, pues «era muy enamorado y dado a mujeres, por donde le vino todo su daño» (Vázquez 80). Así, su principal defecto terrenal fue la lujuria. En el realismo grotesco se suele destacar el predominio de la vida material y corporal. La imagen del cuerpo de Orsúa es exageradamente bella, y justamente es esa condición suya que lo hace cautivo de las necesidades naturales, en su caso del deleite carnal.

Por otro lado, Fernando de Guzmán es descrito con las características realistas grotescas de un Sancho Panza. De igual manera, sus necesidades corporales denotan lo carnavalesco en la idea de la fecundidad, del banquete y de la fiesta.

era vicioso y glotón, amigo de comer y beber, especialmente frutas y buñuelos y pasteles, y en buscar estas cosas se desvelaba; y cuando cualquiera que le quisiese tener por amigo, con cualquiera destas cosas fácilmente podría alcanzar y traerle á su voluntad (Almesto 72).

Así, si Orsúa pecó por las mujeres, Fernando de Guzmán lo hizo por la comida. En esa vida material y corporal es la gula el norte de Guzmán, pues en los cinco meses que gobernó «no tuvo tiempo de se hartar de buñuelos y otras cosas en que ponía su felicidad» (Almesto 73). La descripción de Guzmán connota abundancia y plenitud de beber y comer.

Por último, Lope de Aguirre, personaje del que más se ha dicho y escrito, y a quien todos los dedos acusadores apuntaron y en quien congregaron la culpa de toda la violencia ejercida. Aguirre, según Elena Salazar, permaneció hundido en la historia como un personaje terrible, cruel, maldito, símbolo de la traición y mitificado bajo su carácter sanguinario (Salazar 10). Fue el personaje del que más se exageró su descripción; sin embargo, ello puede leerse bajo un rasgo del realismo grotesco, pues la «exageración, el hiperbolismo, la profusión, el exceso son, como es sabido, los signos característicos más marcados del estilo grotesco» (Bajtín 2003 250).

La descripción de su cuerpo es exageradamente fea. Ante la belleza de Orsúa contrasta la fealdad grotesca de Lope de Aguirre. Las versiones refieren que era pequeño de cuerpo, cojeaba de un pie, muy mal agestado con cara pequeña y chupada, y de unos temibles ojos negros y encarnizados que miraban de hito. Su intensidad de carácter se percibe en esa mirada directa y penetrante. Y si pudo tener alguna cualidad como ser agudo, vivo de ingenio y hábil con las palabras, son cualidades que, por otro lado, subrayan esa caricatura demoniaca que se presenta de él. Su fealdad y cuerpo deforme representan el exceso de sus pecados, su cólera irreflexiva, su crueldad y violencia.

Si los otros dos protagonistas tuvieron vicios de voluntad y deseos desenfrenados, Lope de Aguirre presentó sentimientos no ordenados ni controlados como la ira, el odio y el enfado, sentimientos que se reflejaron en su deseo de venganza del sistema imperial y su fanatismo en las creencias religiosas.

Hay otros dos personajes secundarios en los que se distingue, de manera notable, el realismo grotesco. Uno es García de Arce; en él se agudiza lo grotesco en la exageración de su braveza y de sus grandiosas hazañas, convirtiéndole en un superhéroe de la jornada. Así, se relata que unos meses antes de que todos zarparan en esa travesía, García de Arce partió con Juan de Vargas para conseguir comida para la expedición. Poco después, él y sus treinta hombres se separaron del resto y perdidos se quedaron en una isla donde pasaron grandes necesidades, «tanto, que pensaron perescer de hambre, y su principal mantenimiento fue lagartos del agua, que el dicho García de Arce mataba con el arcabuz, que era maravilloso arcabucero» (Almesto 19). Además, tenían mucho temor de los ataques nativos «que cada día les venían á dar guerra, que si no fuera por el dicho

García de Arce, que con el arcabuz hacia gran daño de ellos, los hobieran muerto» (Almesto 19). Se refiere que en una de las tantas guasábaras que los indígenas les dieron, el valiente paladín con sus artes de guerra, «de seis indios que venían en una canoa, mató los cinco de solo [un] tiro» (Almesto 20). Así, García de Arce mantuvo con vida a sus compañeros al defenderlos de los ataques de los nativos y al suministrarles caimanes que cazaba para su alimento. Fue, pues, él sólo con su arcabuz quien logró la defensa y la subsistencia del grupo. Tiempo después sus compañeros los hallaron y rescataron. Mas, la leyenda de García de Arce trascendió entre los nativos, pues las relaciones refieren que éstos vivían escondidos de ellos por miedo a su braveza y fiereza. La memoria de este héroe quedó en la tal isla a la que bautizaron Isla de García.

Antón Llamoso es otro marañón que ejemplifica bien el realismo grotesco. Si García de Arce personificó lo heroico, Antón Llamoso personificó lo antiheroico. Zúñiga definió a Llamoso como el mayor carnicero que tenía Lope de Aguirre. La verdad es que este soldado ejecutó con obediencia y presteza las órdenes de su general. Gran número de las muertes acaecidas en la jornada se le adjudicaron. Fue quien tuvo el más frío corazón de dar muerte a la bella doña Inés; asistido por el mestizo Francisco de Carrión «la mataron a estocadas y cuchilladas, y robaron todo cuanto tenía que fue notable lástima» (Vázquez 96). La transgresión fue mayor por el acto doble de matar y robar. Pero la crudeza de las numerosas cuchilladas denota un instinto íntimo y personal de entrar en contacto con la víctima, de penetrar el cuerpo de doña Inés. Aquí se manifiesta el exceso característico del realismo grotesco.

Además, hay otro episodio oscuro, siniestro y macabro que se adjudica a Llamoso. En Margarita, Lope de Aguirre envió a matar a Martín Pérez, su maese de campo, por sospechar que quería amotinarse contra él. Parece ser que no quedó satisfecho con esta muerte y reclamó que Llamoso también lo quería traicionar, ante lo cual este fiel servidor se arrojó sobre el cuerpo del muerto diciendo:

A este traidor, que quería cometer semejante maldad, beberle la sangre, y poniendo su boca sobre las heridas de la cabeza con un ánimo más de demonio que de hombre, comenzó a chuparle la sangre y seso que salían por ellas, y tragarse lo que chupaba como si fuera un perro hambriento, que puso gran horror a los presentes (Simon 309).

Aquí el carnaval se convierte en una pavorosa historia de horror. La escena es chocante y cruda. El realismo grotesco, que procura degradar y vulgarizar, llega a su auge en esta descripción. Lo material y lo corporal descienden a un paralelo con el mundo animal. Llamoso se presenta como un perro hambriento.

Es, pues, en los personajes de la jornada en los que las relaciones cargan sus descripciones con exageraciones, degradaciones, vulgarizaciones. Todas ellas son características del realismo grotesco, y parte constitutiva de lo carnavalesco. Los personajes se presentan con el atuendo del realismo grotesco, en cierto modo, con un «disfraz» de carnaval.

OTROS ACTOS Y RITOS CARNAVALESCOS

Como explica Bajtín, el espectáculo del carnaval está situado en las fronteras entre el arte y la vida. En realidad es la vida misma. Durante el carnaval no hay otra vida que la del carnaval, la que se vive de acuerdo a sus leyes, las leyes de la libertad (Bajtín 2003 9). La jornada de Omagua siguió sus propias leyes y todos los espectadores fueron a la vez actores de ese espectáculo carnavalesco. No obstante los declarantes involucrados trataron de negar en sus relaciones su colaboración en los eventos –y en particular con el tirano–; la participación de todos los integrantes fue necesaria para que esta rebelión llegara a las dimensiones a las que llegó. El carnaval no tiene ninguna frontera espacial, por lo cual es difícil escapar; y, así, los integrantes de la jornada tampoco pudieron escapar de la parodia que estaban viviendo.

Durante el carnaval es la vida misma la que se interpreta y, durante el tiempo que dura, el juego se transforma en la vida real. Los marañones intentaron representar la vida misma en sus actos, por lo que efectuaron una serie de ceremonias y actos protocolares, como misas, bendiciones y juramentaciones. El principio cómico de los ritos carnavalescos exonera a estos actos de todo dogmatismo religioso y los desprovee de su carácter mágico. Así, en la jornada el uso de los ritos católicos para coronar las ceremonias de juramentación de los integrantes o de bendición de las banderas tomó un tono cómico y burlesco que desacralizó el mismo acto. Estos actos fueron una parodia de los ritos religiosos.

Uno de tales actos que imitaba la vida misma fue el que la armada produjo banderas y estandartes propios para señalar su institución como marañones. La insignia de su unidad militar llevaba incluido un distintivo que les era propio, dos espadas rojas cruzadas. Las banderas además tenían fondo negro, denotando así su hostilidad y rigor extremo y anunciando que no daban ni esperaban cuartel. El acto carnavalesco de imitar la vida misma no estuvo completo con la fabricación de dichas banderas, pero, después de acabadas, se continuó con una ceremonia de bendición.

Para esto mando el tirano, que el día de la Asuncion de Nuestra Señora, á quince de Agosto del mismo año de mil y quinientos y sesenta y uno, se dijese en la iglesia

mayor una misa solemne... salió con su gente en orden de guerra de la fortaleza; yendo él en la vanguardia como General, caminando a la iglesia (Simon 312).

Imitando el protocolo adecuado para la ocasión, se incluyó una procesión solemne y un lugar santo apropiado (la iglesia mayor). Inclusive, se eligió una importante fecha (la Asunción de la Virgen), día que denota pureza y eternidad. Son actos que ridiculizan la formalidad y seriedad de la Iglesia y la religión. Y mientras esas banderas flamearon en alto acompañando el carnaval de los marañones, fueron arrastradas cuando éstos finalmente fueron derrotados y se puso fin a su farsa.

Así como los marañones crearon sus propios distintivos, trataron de destruir los distintivos de autoridad del mundo oficial. En la Isla Margarita destruyeron los símbolos del mando imperial; Aguirre y sus soldados cortaron el rollo que se encontraba en la plaza principal, luego hicieron pedazos la caja real y robaron todo su contenido, y por último, hicieron pedazos los libros de cuentas. Estos actos responden al desorden caótico del carnaval en su sed de anular el poder dominante. El hecho de terminar con los símbolos de la justicia y la hacienda del rey representa la liberación carnavalesca del orden impuesto en busca de un mejor porvenir.

La fiesta de carnaval siempre llega a un fin. Su término se da cuando se tiene que regresar a ese mundo imperante del que se logró escapar mientras el carnaval existió. Así, los marañones se encontraron cerca del fin de su carnaval cuando los representantes de la corona, de ese mundo imperante, los indujeron a salir de su fantasía. Sin embargo, las relaciones todavía cuelan la burla carnavalesca, la ridiculez y lo absurdo en la descripción de la hueste real.

El regimiento del rey era carnavalesco por su atuendo, su falta de armamento y su poca diligencia en el arte de guerra. Los soldados del rey parecían listos para participar en la ridiculez del carnaval y divertir a los participantes.

aunque todos iban á caballo con harto ruines sillas, fustes, frenos, solo llevaban por armas unas varas mal devastadas, con unos hierros de lanza sin acicalar y unas celadas borgoñonas... que eran unas caperuzas muy viejas y mugrientas, hechas de pedazos de paños de colores, con dos ó tres aforros de mantas de algodón con hechura casi de sombreros, la copa de cuatro cuartos, cada uno de su color y la halda que la ceñía a la redonda de otros cuatros colores (Simon 328-329).

Los soldados del rey no iban bien armados y, además, vestían un atuendo bufonesco que fue el hazmerreír y entretenimiento de los marañones. Lo absurdo

del episodio llegó a su clímax cuando finalmente acudió el socorro a las fuerzas reales, el que acrecentó el armamento a un gran total de cinco arcabuces. Muy acorde a este regimiento, el capitán que lo dirigía llevaba el nombre de Bravo.

El enfrentamiento que finalmente tomó lugar también tuvo dimensiones carnavalescas. La gran armada marañona disparó mucho pero no hizo daño. Sus tiros funcionaban, según Simon, como arepas que se deshacían en el aire y parecían solo apuntar al cielo. En cambio, las pocas municiones de los del rey sí llegaron a matar al caballo de Aguirre. Mas, el daño mayor no resultó de esta cómica contienda armada, sino por la pérdida, cada vez mayor, de soldados marañones al bando del rey. Esas deserciones también se guiaron por la ridiculez, como en el caso de Diego Tirado, capitán marañón, quien en plena batalla cabalgó hacia el otro bando siendo recibido con mucho aplauso y algarabía por los del rey.

EL JUICIO

El carnaval, pues, no terminó en una contienda armada, ni siquiera con la muerte de su protagonista, Lope de Aguirre. Ese carnaval marañón trascendió a un juicio. El carnaval como forma concreta de la vida misma es vivido toda la duración del carnaval. Así, el carnaval de Omagua se extendió al juicio post mórtem de Lope de Aguirre, seguido casi un año después por los juicios a los soldados marañones. Es decir, fue finalmente ese mundo oficial el que dio fin al mundo no oficial de esa jornada.

Así, como el comienzo del carnaval de Omagua se anunció con pregones con los que Pedro de Orsúa informaba la jornada, el carnaval también culminó con pregones que anunciaban su fin. Esos fueron los pregones que publicaban la sentencia del juez Bernáldez contra la memoria y fama de Lope de Aguirre y, por tanto, el fin de esa aventura con dimensiones carnavalescas.

...Y LA RISA

El carnaval es la segunda vida del pueblo, basada en el principio de la risa. Las relaciones de esta jornada trataron de encubrir esa risa por miedo al mundo oficial ante el cual estaban presentando la versión de los hechos. No obstante, cuando examinamos con detalle las líneas escritas reconocemos retazos de esa risa carnavalesca y universal que debieron haber vivido durante su fiesta. Por ejemplo, cuando burlaron al clérigo de Moyobamba; cuando empezaron a dividirse las riquezas y mujeres que tendrían al llegar al Perú; cuando efectuaron

saqueos que terminaron en bacanales; o cuando divisaron la jocosa armada del rey. La risa carnavalesca del marañón burla la misma muerte que presencia.

Durante el carnaval se abre paso a la risa y la burla de todas las jerarquías. Otro episodio que ejemplifica bien la burla de las jerarquías es el engaño y humillación que se le hizo al gobernador de la Isla Margarita, don Juan de Villandrando. Lope de Aguirre y sus amigos, al llegar a la isla, hicieron creer que eran hombres de dinero que venían perdidos y enfermos. Luego, de tener permiso para desembarcar, desarmaron a los lugareños y les quitaron sus caballos. La burla se coronó cuando Aguirre no dejó al gobernador cabalgar su propio caballo, pero lo montó en las ancas tras él y así lo llevó hasta el pueblo. Esta era una burla abierta y directa hacia el mundo oficial, un ejemplo de cómo los marañones se reían de las jerarquías y lo que representaban.

Un tono de humor popular carnavalesco se entrelee en las relaciones. Una risa festiva, inclusiva, ambivalente y positiva ante los eventos, pero que cuando el carnaval está más cerca de su fin, es decir, cuando la jornada está más cerca de reencontrarse con el mundo oficial, esa risa se disfraza y se esconde tras un tono crítico y no aprobatorio de los eventos. Sin embargo, las relaciones no pueden –por más que traten– de esconder los episodios carnavalescos que ocurrieron en esa expedición.

La risa carnavalesca va dirigida a las instancias supremas (Bajtín 2005 185); va dirigida hacia el cambio de poderes y verdades, hacia el cambio del orden universal. Los marañones se dotaron de una segunda vida, donde construyeron un mundo al revés, un mundo caótico y fantástico, que parodió la vida ordinaria y burló el mundo oficial.

CONSIDERACIONES FINALES

En el desarrollo de los eventos no existió una conciencia individual. Si bien esta conciencia parece «individualizarse» al no acatar los parámetros del sistema hegemónico, la rebelión –la búsqueda de su verdad– fue un acto grupal, fue una búsqueda conjunta y no de conciencias individuales. Se trató de una colectividad que actuó coralmente formada por el espíritu del marañón que compartió un imaginario colectivo. Esa conciencia única y monológica partió de una tradición popular instaurada en una larga trayectoria carnavalesca.

Únicamente a puertas del fracaso de la rebelión se apuntó a un solo promotor de la aventura: Lope de Aguirre. Como bien apunta Deise Cristina Schell, al

describir sus versiones sobre lo ocurrido en el viaje, los cronistas transformaron aquel personaje en el único responsable de la insurgencia, como si él hubiese sido el protagonista y realizado solo todos los actos violentos y de traición (2010 17). Aunque los autores de las relaciones traten en ellas, como afirma Baraibar, de defender el papel desempeñado por cada uno (2012 38), estas relaciones narran una sucesión de rebeliones, asesinatos y violencia causados por un grupo movido por una fuerza propia y común a todos. Pero, además, esa fuerza los llevó a ejecutar otros actos y ritos.

Esa fuerza atávica fue la fuerza del carnaval. Un comportamiento carnavalesco se revela en los eventos acaecidos durante dicha jornada y descritos en las diversas relaciones. La acción principal del carnaval es la coronación y el destronamiento del rey, acto que estuvo presente en dicha jornada y fue central al desarrollo de los eventos. También se manifestó el desorden caótico del carnaval durante las rebeliones, destituciones, bacanales, asesinatos, saqueos y vandalismo. No faltaron las permutaciones constantes de lo alto y lo bajo, que se demostraron en los continuos cambios de posiciones sociales y económicas, como la de los soldados rasos convertidos en capitanes, los ricos tornados pobres (como Alonso de Montoya) y los pobres vueltos ricos (durante los saqueos). Otra característica carnavalesca son las excentricidades, y Orsúa dio ejemplo de ello al incluir en ese viaje a su amante doña Inés y tratarla con toda distinción en medio de esta selva. También la parodia es un rasgo carnavalesco, la cual se observó durante el reinado de Fernando de Guzmán. El carnaval abre paso a la risa y la burla de todas las jerarquías y estratos, así los marañones se burlaron del clero (fray Portillo), el gobierno (don Juan de Villandrando) y el ejército (las fuerzas reales). La entrega de títulos de territorios inexistentes fue otro episodio con fondo carnavalesco. Por último, el realismo grotesco del carnaval se exhibió en la descripción de los personajes. La jornada fue, pues, un carnaval en el que los marañones compartieron una conducta popular y vivieron una segunda vida en un mundo al revés donde todo pareció permitido.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Almesto, Pedrarias de. *Relación de todo lo que sucedió en la jornada de Omagua y Dorado hecha por el gobernador Pedro de Orsúa*, ed. Feliciano Ramírez de Arellano. Madrid: Sociedad de Bibliófilos Españoles, 1881.
- Anónimo. «Relación de todo lo sucedido en la gobernación de Omanga», en *Lope de Aguirre y la rebelión de los marañones*, eds. Beatriz Pastor y Sergio Callau. Madrid: Editorial Castalia, 2011.
- Bajtín, Mijail. *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento. El contexto de Francois Rabelais*. Madrid: Alianza Editorial, 2003.
- *Problemas de la poética de Dostoievski*. México: Fondo de Cultura Económica, 2005.
- Baraibar, Álvaro. «Lope de Aguirre: la construcción de una imagen del poder», *Alpha* 33 (2011) 187-200.
- «La Jornada de Amagua (Omagua) y Dorado: entre Francisco Vázquez y Pedrarias de Almesto», *Taller de Letras* NE1 (2012) 35-49.
- Díez Torres, Julián. «Estudio preliminar», *El Marañón*, de Diego Aguilar y Córdoba. Madrid: Iberoamericana, 2010.
- «Los marañones y la polémica de la conquista: retórica e ideas políticas en la carta de Lope de Aguirre a Felipe II», *Alpha* 33 (2011) 201-214.
- Flores Galindo, Alberto. *Buscando un Inca: Identidad y utopía en los Andes*, en *Obras completas*, tomo III. Lima: Sur Casa de Estudios del Socialismo, 2008.
- Hernández, Custodio. «Relación muy verdadera que trata de todo lo que acaeció en la entrada de Pedro de Orsúa», en *Lope de Aguirre y la rebelión de los marañones*, eds. Beatriz Pastor y Sergio Callau. Madrid: Editorial Castalia, 2011.
- Leonard, Irving. *Los libros del conquistador*. México: Fondo de Cultura Económica, 2006.
- Monguía, Pedro de. «Relación breve hecha por Pedro de Monguía», en *Lope de Aguirre y la rebelión de los marañones*, eds. Beatriz Pastor y Sergio Callau. Madrid: Editorial Castalia, 2011.
- Pastor, Beatriz y Sergio Callau, eds. *Lope de Aguirre y la rebelión de los marañones*. Madrid: Editorial Castalia, 2011.
- Salazar, Sor Elena. «Lope de Aguirre: la imagen del mito y el mito de la imagen», *XXXVIII Congreso Internacional. Instituto Internacional de Literatura Americana. Independencias: Memoria y Futuro*. 2010 <www.iiligeorgetown2010.com/2/actas-indice.htm>
- Schell, Deise Cristina. «Lope de Aguirre, sujeto de su propia historia: as caretas do rebelde e a 'escrita de si'», *História Social* 18 (2010) 15-30.
- Simon, Pedro. *Noticias Historiales de las Conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales*. Primera Parte. Bogotá: Medrano Rivas, 1882.
- Vargas Machuca, Bernardo de. *Milicia y descripción de las Indias*. Volumen 1. Madrid: Librería de Victoriano Suárez, 1892.
- Vargas Zapata, Juan. «Relación muy verdadera de todo lo sucedido en el río Marañón», en *Lope de Aguirre y la rebelión de los marañones*, eds. Beatriz Pastor y Sergio Callau. Madrid: Editorial Castalia, 2011.

- Vázquez, Francisco. *El Dorado: crónica de la expedición de Pedro de Ursúa y López de Aguirre*, ed. Javier Ortiz de la Tabla. Madrid: Alianza Editorial, 1989.
- Zinni, Mariana C. «The Exemplary Death of Lope de Aguirre», *Hispanic Issues On Line 7* (2010) 164-174.
- Zúñiga, Gonzalo de. «Relación muy verdadera de todo lo sucedido en el río Marañón», en *Lope de Aguirre y la rebelión de los marañones*, eds. Beatriz Pastor y Sergio Callau. Madrid: Editorial Castalia, 2011.